



Terapia Psicológica

ISSN: 0716-6184

sochpscl@entelchile.net

Sociedad Chilena de Psicología Clínica
Chile

Cova Solar, Félix

Diferencias de género en bienestar y malestar emocional: evidencias contradictorias

Terapia Psicológica, vol. 22, núm. 2, noviembre, 2004, pp. 165-169

Sociedad Chilena de Psicología Clínica

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=78522207>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Diferencias de género en bienestar y malestar emocional: evidencias contradictorias

Gender differences in emotional wellness: contradictory evidence

Félix Cova Solar.
Universidad de Concepción, Chile

(Rec: 05 - abril - 2004 Acep: 17 - agosto - 2004)

Existe amplia evidencia respecto a que las mujeres informan experimentar más estados emocionales negativos en comparación a los hombres. Paradójicamente, en diversos estudios, las mujeres también informan experimentar más bienestar, emociones positivas y satisfacción con la vida que los hombres. Se han desarrollado pocos esfuerzos explicativos de estos hallazgos aparentemente contradictorios, con excepción de la hipótesis que plantea que las mujeres tendrían una mayor intensidad emocional. Sin embargo, no es claro hasta dónde ello es un fenómeno real o un artefacto derivado de la mayor tendencia de las mujeres a expresar verbal y no verbalmente sus emociones.

Palabras claves: género-bienestar emocional-intensidad afectiva-psicopatología'

There are wide evidence that women report to feel more negative emotional conditions compare with men. Paradoxically, in different studies women also report to feel more welfare, positive emotions and life satisfaction than men. There are few explanations about these contradictory findings, except about hypothesis of higher emotional intensity in women. Nevertheless is not clear if that is a real phenomenon o a device derived of the tendency of women to show verbal and non verbal their feelings.

Key words: gender-emotional well-being-affect intensity-psycho pathology

Introducción

Los estudios de prevalencia poblacional de síntomas de malestar emocional y de trastornos afectivos han mostrado que las mujeres satisfacen los criterios diagnósticos de trastornos depresivos y ansiosos en una proporción claramente superior a los hombres (Caro, 2001). Estos hallazgos han sido replicados en estudios realizados en diversos lugares del mundo, con empleo de metodologías rigurosas de muestreo y con elaborados procedimientos de identificación de casos (Kessler, McGonagle & Zhao, 1994; Weissman et al., 1993). En Chile, los dos estudios de prevalencia de trastornos mentales más relevantes muestran tasas en las mujeres de trastornos ansiosos y depresivos que duplican las de los hombres (Araya, Rojas, Fritsch, Acuña & Lewis, 2001; Vicente, Rioseco, Saldivia, Kohn & Torres, 2002).

Todo ello ha llevado a generar múltiples esfuerzos explicativos de estas diferencias: factores sociales relativos a las condiciones de vida y distribución de oportunidades para hombres y mujeres, así como la diferente exposición a algunos tipos de situaciones estresantes (experiencias de abuso sexual, exposición a violencia intrafamiliar) factores biológicos (genéticos, funcionamiento neuroendocrino); factores relacionados con el desarrollo de la personalidad, derivados tanto de determinantes biológicos y temperamentales como de los patrones de socialización y estructura social. Entre estas características de personalidad que favorecerían una mayor

vulnerabilidad femenina se ha señalado una autoestima más frágil, estilos de afrontamiento que intensifican la reactividad emocional negativa (como la rumiación), una mayor focalización en los vínculos interpersonales y un centramiento en las necesidades de otros y subvaloración de las propias (Caro, 2001; Nolen-Hoeksema & Rusting, 1999).

Es probable que parte de estas perspectivas explicativas sean de gran importancia para dar cuenta del fenómeno planteado, aun cuando sea necesario clarificar el peso relativo de cada una. Sin embargo, estas distintas perspectivas no han considerado suficientemente que también existen diferencias en el ámbito del bienestar subjetivo y satisfacción con la vida, y que en varias investigaciones las mujeres aparecen también como más felices y satisfechas con la vida que los hombres (Alexander & Wood, 2000).

El desarrollo de un enfoque amplio que dé cuenta de estos hallazgos aparentemente contradictorios aún no ha sido posible. En el presente artículo se analizan las evidencias existentes al respecto y se presenta la teoría de la intensidad emocional -que es la única que ha intentado explícitamente una explicación de éstas-, revisando críticamente sus proposiciones.

Bienestar subjetivo y género

El concepto de bienestar subjetivo amplía la mirada desde la atención a los síntomas de malestar emocional a la consideración de las emociones positivas, y el grado de satisfacción vital, entre otros factores (Diener, Suh, Lucas & Smith, 1999). La investigación del bienestar emocional

ha mostrado que las mujeres no sólo informan experimentar más problemas emocionales, sino que también informan experimentar más bienestar y mayores emociones positivas que los hombres (Alexander & Wood, 2000; Wood, Rhodes & Whelan, 1989). El análisis de la expresión no verbal y registros psicofisiológicos de respuestas emocionales también ha mostrado resultados en esta misma dirección (Nolen-Hoeksema & Rusting, 1999). La satisfacción con la vida, considerado un componente más cognitivo del bienestar, se ha encontrado ligeramente más alta en mujeres que en hombres en varias culturas (Inglehart, 1990; Lee, Secombe & Shehan, 1991; Wood et al., 1989).

Este hecho ha sido opacado no sólo por la escasa relación entre los estudios centrados en el bienestar psicológico y los centrados en la psicopatología, sino también por un tipo de medida de bienestar frecuentemente utilizada, la balanza de afectos. La balanza de afectos es el resultado de la estimación de la diferencia entre las emociones positivas y negativas que cada persona experimenta (Alvaro & Páez, 1996). Cuando se emplea esta medida, no se han observado diferencias relevantes entre hombres y mujeres en el grado de bienestar subjetivo (Diener et al., 1999). Probablemente lo que ocurre es que el mayor informe de emociones negativas en las mujeres está contrarrestado por el mayor informe de emociones positivas también en éstas. Al anularse entre sí ambos informes, se obtiene un promedio semejante al de los hombres (Wood et al., 1989).

Estos datos obligan a modificar en cierta medida la forma habitual de interrogación respecto a la salud mental emocional de las mujeres, centrada en general en sus aspectos negativos.

La hipótesis de las diferencias en intensidad emocional

Una de las pocas teorías que explícitamente ha intentado dar cuenta de esta doble tendencia a informar de más emociones negativas y positivas de parte de las mujeres ha empleado el constructo de *intensidad afectiva*. Diener, Sandvik y Larsen (1985) proponen que la intensidad afectiva corresponde a diferencias estables que existirían entre las personas en el grado de intensidad con que experimentan afectos de distintas cualidades. Esto implica que algunas personas tendrían una mayor propensión a experimentar emociones fuertes, tanto positivas como negativas. Este atributo sería algo distinto a la frecuencia con que se experimentan ciertas emociones (Schimmack & Diener, 1997). Los estudios existentes muestran que la intensidad afectiva es mayor en las mujeres (Fujita, Diener & Sandvik, 1991; Diener et al., 1985). De acuerdo con estos autores, ello podría explicar que las mujeres informen experimentar en mayor grado que los hombres tanto experiencias emocionales negativas como positivas. La mayor intensidad afectiva de las mujeres ha sido observada en estudios que consideran distintas formas de valo-

ración de ésta: autoinformes, observadores externos, observación de la expresividad emocional (conducta no verbal) y registros psicofisiológicos (Alexander & Wood, 2000; Fujita et al., 1991). Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la intensidad emocional no implica necesariamente todo, el espectro emocional y que existen algunas emociones que aparentemente son más frecuentes e intensamente experimentadas por los hombres, como el orgullo, la confianza y, en ciertos contextos, la rabia (Brody & Hall, 2000).

Experiencia, expresión y autoinforme de estados emocionales

De ser corroborada la hipótesis de la mayor intensidad emocional de las mujeres resulta necesario lograr una explicación del motivo de esta. Por otro lado, esta hipótesis está en concordancia con los estereotipos sociales existentes, y tiene el gran riesgo de los sesgos implícitos en ello (Madden, Feldman Barret & Pietromonaco, 2000).

El principal sesgo, y más complejo de determinar, es el relativo a la relación entre la experiencia emocional que la persona vive con lo que comunica verbal y no verbalmente respecto a ésta. Podrían existir diferencias entre hombres y mujeres en las formas de comunicar verbal y no verbalmente sus experiencias emocionales, y no necesariamente en el grado en que las experimentan. También estas diferencias podrían estar dadas por las formas de recordar y valorar situaciones y experiencias vividas. Dado que tanto los cuestionarios como las entrevistas dependen en gran medida del informe de las personas y que son habitualmente retrospectivos, éstos son fuentes potenciales de sesgo relevante (Brody, 2000).

La distinción entre patrones internalizadores y externalizadores de expresión emocional sugiere que efectivamente existe un sesgo en la comunicación emocional. Se ha observado en los hombres una mayor frecuencia de un patrón internalizador, esto es, a mostrar una reacción fisiológica "emocional" relevante ante un evento sin expresión emocional abierta de ello; en cambio, las mujeres aparecen más externalizadoras (una expresión emocional manifiesta sin un grado de activación psicofisiológica notorio) y generalizadoras (expresión manifiesta en todos los planos) (Brody, 2000; Vergara & Páez, 1989). También se ha sugerido que las mujeres tienden más a reconocer sus respuestas emocionales (más sensibilizadoras) y los hombres a experimentar una baja vivencia subjetiva de la emoción (más represores) (Vergara & Páez, 1989). Algunos autores caracterizan la emocionalidad masculina como inhibida o restrictiva, lo que determinaría una imposibilidad de expresar ciertas emociones dado que no serían reconocidas, o estarían enmascaradas por otras emociones más aceptables para la identidad de género masculina, como la rabia (Janz, 2000).

Otro tipo de diferencia ha sido mostrado por estudios que comparan el registro diario que hacen hombres y mujeres de sus experiencias emocionales con autoinformes retrospectivos de carácter global, donde se ha encontrado una llamativa diferencia: hombres y mujeres no difieren entre sí en el registro de emociones negativas experimentadas diariamente; en cambio, al solicitar a estos mismos grupos de hombres y mujeres una evaluación retrospectiva global del estado emocional experimentado en el periodo estudiado, la evaluación de las mujeres es más negativa. De acuerdo con estos resultados, el autoinforme global de los hombres es más concordante con el de sus experiencias diarias que el de las mujeres (Feldman Barret, Robin, Pietromonaco & Eyssell, 1998). Lo mismo ocurre con la medición de la intensidad emocional de ciertos eventos; cuando el informe de la experiencia se refiere a una situación actual, hombres y mujeres describen la intensidad en forma equivalente; en cambio, retrospectivamente, las mujeres describen su experiencia como más intensa (Seidlitz & Diener, 1998).

Una forma de explicación de estos hallazgos es que las evaluaciones globales y retrospectivas de las experiencias emocionales son más susceptibles a la influencia del estereotipo respecto a la mayor emocionalidad femenina, que operaría tanto en relación con los estados emocionales negativos como positivos. Ello concuerda con estudios que indican que la forma de rotular las experiencias vividas está influida por los estereotipos de género. Page y Bennesch (1993) encuentran que los hombres informan significativamente menos síntomas si les aplican un cuestionario titulado de "depresión" que uno idéntico pero titulado como "adversidades cotidianas". También se ha encontrado que las mujeres que creen que la emocionalidad es una característica femenina, informan de más intensas experiencias emocionales, y que lo inverso ocurre con los hombres que suscriben esta misma creencia (Alexander & Wood, 2000; Grossman & Wood, 1993).

Aun cuando las evidencias señaladas podrían sugerir que los estereotipos de género inciden sólo en la comunicación de las emociones, se podría plantear que esta distinta forma de comunicación también refleja una experiencia distinta de ellas. No sólo sería el informe y expresión de la emoción el distinto, sino que de las situaciones emocionales diferiría en función de la existencia de formas de procesamiento emocional diferenciadas. Seidlitz y Diener (1998) encuentran que las diferencias en el recuerdo de experiencias afectivas se debería a que las mujeres codifican sus experiencias en forma más detallada. Una explicación complementaria es que las mujeres tenderían a focalizar más su atención en sus procesos anímicos, serían más rumiadoras y compartirían más con otros sus experien-

cias afectivas, lo cual favorecería una intensificación de estas experiencias y un mayor conocimiento de ellas; todo ello explicaría que sean mejor recordadas (Fivush & Buckner, 2000). Por otro lado, debe considerarse que los estereotipos influyen tanto en el propio comportamiento como en el de otros a través de mecanismos de retroalimentación tipo profecía autocumplida, implicando que no sólo la expresión emocional se puede ver afectada por ellos sino también la experiencia vivida (Fabes & Martin, 1991).

Otro factor insuficientemente considerado es que la distinta forma de procesamiento no sólo determine diferencias en la intensidad de una experiencia emocional específica, sino en el tipo de experiencia. Hombres y mujeres podrían experimentar en formas cualitativamente distintas ciertas experiencias, lo que podría ser subvalorado si la forma prototípica de experiencia de un género es aplicada a otro. Así, por ejemplo, se ha planteado que la descripción de trastornos depresivos al uso podría estar sesgada hacia las formas de experiencia de disforia más habitual en la mujer (Wilhelm & Parker, 1993; Sprock & Yoder, 1997). O que en algunos casos, la respuesta de hombres y mujeres a un evento es igualmente intensa, sólo que el hombre externaliza su disforia (a través de conductas impulsivas, consumo de sustancias, mayor empleo de defensas proyectivas, canalización de la disforia como rabia) y la mujer las internaliza (Brody, 1985; Janz, 2000).

Factores sociales determinantes de las diferencias en "emocionalidad"

Todas las líneas explicativas sugeridas, si bien con mecanismos distintos, tienden a coincidir en que la comunicación y experiencia de estados emocionales positivos y negativos sería, en general, más notoria en las mujeres, y que ello contribuiría a explicar por qué la aparente paradoja de los estudios que muestran que tanto el malestar como el bienestar emocional aparecen más destacados en éstas.

Como ya se ha indicado, esta mayor emocionalidad no sólo implica una mayor intensidad efectiva de las experiencias emocionales, sino también diferencias en el modo de recordar y comunicar estas experiencias. Todo ello sugiere tanto una mayor aceptación de las emociones y un mayor desarrollo afectivo las mujeres, con aspectos positivos (mayor capacidad de disfrute, mayores capacidades de decodificación emocional y de respuestas empáticas) como negativos (más vulnerabilidad al sufrimiento emocional). Por otra parte, el desarrollo emocional en los hombres sería más restrictivo. Ello tendría la ventaja de operar protectoramente en cuanto a la experiencia de estados emocionales negativos como la depresión y ansiedad. Sin embargo, hace más probable una mayor vulnerabilidad a presentar comportamientos y tras-

tornos externalizados¹ como la agresividad y el consumo de sustancias, así como también un efecto en la salud física negativo (Copenhaver & Eisler, 1996; Janz, 2000; Nolen-Hoeksema & Rusting, 1999).

De acuerdo con diversos autores, estas diferencias en la emocionalidad se derivan en gran medida de factores relacionados con la socialización y la estructura social, aun cuando es posible que también puedan influir algunos factores biológicos todavía no clarificados (Brody, 2000; Zahn-Waxler, 2000). Los roles sociales asignados en las sociedades a hombres y mujeres harían más funcional una mayor emocionalidad de las mujeres, dada su mayor relación con los vínculos interpersonales, y también sería coherente con su menor estatus y poder en la mayoría de las sociedades (Fivush & Buckner, 2000; Vergara & Páez, 1989)

Discusión

La explicación de las diferencias de género en malestar y psicopatología emocional es de crucial significación, dada la alta prevalencia de éstos y las aparentemente marcadas diferencias que muestran hombres y mujeres en su distribución. Sin embargo, esta explicación no debe ignorar que también muchos estudios muestran que las mujeres experimentan más emociones positivas, bienestar y satisfacción con la vida que los hombres. La única hipótesis que ha abordado explícitamente esta paradoja es la de la intensidad emocional. Aun cuando esta hipótesis ha recibido respaldo, no está claro en qué medida esta mayor intensidad es realmente una diferencia en la experiencia emocional vivida o un producto de una distinta forma de comunicar los estados emocionales entre hombres y mujeres. Los resultados de las investigaciones sugieren que ambos aspectos deben ser considerados. También se debe tomar en cuenta que es posible que existan diferencias en la forma de experimentar ciertos estados emocionales, o sea, que las diferencias no sean sólo cuantitativas sino cualitativas.

Una implicación directa de los hallazgos presentados es que la investigación epidemiológica de los trastornos emocionales comunes, en particular los menos intensos como los episodios depresivos leves y el trastorno mixto ansiosodepresivo, debe tener presentes los posibles sesgos de género en sus resultados. Estas investigaciones emplean entrevistas retrospectivas de síntomas, que pueden ser desigualmente recordados y comunicados por hombres y mu-

jes, existiendo además cierta tendencia a sobre-estimar las vivencias negativas de parte de estas últimas. Dado que estas investigaciones sólo exploran malestar, podrían estar obteniendo una imagen más negativa de las experiencias emocionales femeninas que si estuvieran complementadas por estudios de salud mental positiva. Por otro lado, es posible que ciertas formas de malestar emocional en los hombres no sean adecuadamente pesquisado con los conceptos y estrategias de investigación al uso.

La mayoría de los estudios en el tema han sido realizados en países de mayor desarrollo económico. La investigación en nuestra realidad es particularmente importante, dado que podrían existir especificidades culturales que no han sido consideradas. Un ejemplo de ello lo sugieren los estudios que muestran tasas más altas de trastornos emocionales en Chile (Araya, 2001) y una encuesta reciente, donde las mujeres chilenas señalan estar más insatisfechas con su vida que los hombres (Méndez, 2004).

Referencias

- Achenbach, T. (1998). Diagnosis, assessment, and taxonomy. En T. Ollendick & M. Hersen (Eds.), *Handbook of child psychopathology* (pp. 63-87). New York: Plenum Press.
- Alexander, M. & Wood, W. (2000). Woman, men, and positive emotions: A social role interpretation. En A. Fischer (Ed), *Gender and Emotion. Social Psychological Perspectives* (pp. 189-210). Cambridge: Cambridge University Press.
- Alvaro, J.L. & Páez, D. (1996). Psicología social y salud mental. En F.J.Morales (Ed),. *Psicología Social Aplicada* (pp. 387-407). McGraw-Hill: Madrid.
- Araya, R. Rojas, G., Fritsch, R., Acuña, J. & Lewis, G. (2001). Common mental health disorders in Santiago, Chile: Prevalence and socio-demographic correlates. *British Journal of Psychiatry*, 178, 228-233.
- Brody, L. (2000). The socialization of gender differences in emotional expression: Display rules, infant temperament, and differentiation. En A. Fischer (Ed), *Gender and Emotion. Social Psychological Perspectives* (pp. 24-47). Cambridge: Cambridge University Press.
- Brody, L. (1985). Gender differences in emotional development: a review of theories and research. *Journal of Personality*, 53, 102-149.
- Brody, L. & Hall, J. (2000). Gender, emotion, and expression. En M. Lewis & J. Haviland-Jones (pp. 338-349). New York: The Guilford Press.
- Caro, I. (2001). *Género y salud mental*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Copenhaver, M.M., & Eisler, R.M. (1996). Masculine gender role stress: A perspective on men's health. En P.M. Kato & T. Mann (Eds.), *Handbook of diversity issues in health psychology* (pp. 219-236). New York: Plenum Press.
- Diener, E., Sandvik, E. & Larsen, R.J. (1985). Age and sex effects for emotional intensity. *Developmental Psychology*, 21, 542-546.
- Diener, E., Suh, E.M., Lucas, R.E. & Smith, H. (1999). Subjective well-being: Three decades of progress -1967-1997). *Psychological Bulletin*, 125, 276-302.
- Diener, E., Larsen, R.J., Levine, S. & Emmons, R.A. (1985). Intensity and frequency: The underlying dimensions of positive and negative affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 1253-1265.
- Fabes, R. & Martin, C. (1991). Gender and age stereotypes of emotionality. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 17, 532-540.
- Feldman Barret, L., Robin, L., Pietromonaco, P.R. & Eysell, K.M. (1998). Are woman the 'more emotional sex'? Evidence from emotional experiences in social context. *Cognition and Emotion*, 12, 555-578.

¹El concepto de externalización en este contexto se refiere a si la persona manifiesta conflictos a través de comportamientos que resultan disruptivos, y se opone a internalización, en que el conflicto se manifiesta a través de la experiencia vivida. De allí que autores como Achenbach conceptualicen los trastornos emocionales como trastornos internalizados y los trastornos de la esfera conductual como trastornos externalizados (Achenbach, 1998). Debe distinguirse este uso del término del concepto de patrón emocional externalizador, señalado anteriormente en el texto, que se refiere a la manifestación abierta de una experiencia emocional.

- Fivush, R. & Buckner, J. (2000). Gender, sadness, and depression: The development of emotional focus through gendered discourse. En A. Fischer (Ed), *Gender and Emotion. Social Psychological Perspectives* (232-253). Cambridge: Cambridge University Press.
- Fujita, F., Diener, E. & Sandick, E. (1991). Gender differences in negative affect and well-being: The case for emotional intensity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 427-434.
- Grossman, M., & Wood, W. (1993). Sex differences in intensity of emotional experience: A social role interpretation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, 1010-1022.
- Jansz, J. (2000). Masculine identity and restrictive emotionality. En A. Fischer (Ed). *Gender and Emotion. Social Psychological Perspectives* (pp. 166-186). Cambridge: Cambridge University Press.
- Inglehart, R. (1990). *Culture shift in advanced industrial society*. Princeton University Press.
- Kessler, R., McGonagle, K. & Zhao, S. (1994). Lifetime and 12-month prevalence of DSM III-R psychiatric disorders in the United States: Result of National Comorbidity Survey. *Archives of General Psychiatry*, 51, 8-19.
- Lee, G.R., Seccombe, K. & Shehan, C.L. (1991). Marital status and personal happiness: An analysis of trend data. *Journal of Marriage and the Family*, 53, 839-844.
- Madden, T., Feldman Barret, L. & Pietromonaco, P. (2000). Sex differences in anxiety and depression: Empirical evidence and methodological questions. En A. Fischer (Ed). *Gender and Emotion. Social Psychological Perspectives* (pp. 277-298). Cambridge: Cambridge University Press.
- Méndez, R. (2004). Distribución de felicidad. *Revista El Sábado*, Diario El Mercurio, edición del 2 de enero, p. 22.
- Nolen-Hoeksema, S. & Rusting, C. (1999). Gender differences in well-being. En D. Kahneman, E. Diener & N. Schwarz (Eds.), *Well-Being. The foundations of Hedonic Psychology* (pp. 330-350). New York: Russell Sage Foundation.
- Page, S., & Bennesch, S. (1993). Gender and reporting differences in measures of depression. *Canadian Journal of Behavioural Science*, 25, 579-589.
- Seidlitz, L. & Diener, E. (1998). Sex differences in the recall of affective experiences. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 262-271.
- Schimmack, U. & Diener, E. (1997). Affect intensity: Separating intensity and frequency in repeatedly measured affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73, 1313-1329.
- Sprock, J. & Yoder, C. (1997). *Woman and depression: An update on the report of the APA task force*. *Sex roles*, 36, 269-303.
- Vergara, A. & Páez, D. (1989). Rol sexual y diferencias en vivencia emocional: explicaciones psicológico-sociales. En A. Echevarría & D. Páez (Ed.), *Emociones: Perspectivas Psicosociales*, (pp. 235-257). Fundamentos: Madrid.
- Vicente, B., Rioseco, P., Saldivia, S., Kohn, R. & Torres, S. (2002). Estudio chileno de prevalencia psiquiátrica (DSM-R/CIDI). *Revista Médica de Chile*, 130, 527-536.
- Weissman, M.M., Bland, R., Joyce, P.R., Newman, S., Wells, J.E., & Wittchen, H. (1993). Sex differences in rates of depression: Cross-national perspectives. *Journal of Affective Disorders*, 29, 77-84.
- Wilhelm, K. & Parker, G. (1993). Sex differences in depressiogenic risk factors and coping strategies in a socially homogeneous group. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 88, 205-211.
- Wood, W., Rhodes, N. & Whelan, M. (1989). Sex differences in positive well-being: A consideration of emotional style and marital status. *Psychological Bulletin*, 106, 249-264.
- Zahn-Waxler, C. (2000). The development of empathy, guilt and internalization of distress: implications for gender differences in internalizing and externalizing problems. En R. Davidson (Ed.), *Anxiety, depression and emotion* (pp. 243-466). New York: Oxford Press.